

Puebla de Zaragoza, a 7 de  
Abril de 1918.

Sr. General.

Don: Abasco Obregón.

Por apreciable conducto.

Escrimo patriota:

Ha tiempo que tengo escrito el artículo que pondrá en manos de Usted el Sr Don Jesús A. Vitha, común amigo nuestro. Forma parte de una de mis obras inéditas y no lo había hecho llegar a Usted por no tener conducto seguro.

Acéptelo Usted como un humilde testimonio de admiración.

Beso sus manos:

J. M. Jaramiento.

1906 - 10 - 15 - 1

1 - 10 - 15 - 1

10 - 15 - 1

# El alma de Obregón.

303

Son tan marcados los relieves del alma del General Obregón que por rápida que se haga la lectura de su interesante libro intitulado: "Ocho mil Kilómetros en Campaña" no puede uno menos de reparar en que el valiente divisionario que sobre los campos de combate ha echado los cimientos en la reconstrucción de la Patria, es hombre de una pieza; perspicaz en el conocimiento de los humanos; organizador admirable que sobre la marcha improvisó un ejército ante el cual se estrellaron constantemente en cien batallas, a cual mas sangrienta, así las legiones de Huerta, el traidor asesino, como las de Doroteo Arango (a) Francisco Villa.

Oigamos al Morelos del movimiento, dejémosle hacer su propia semblanza, extrayendo de su obra los lineamientos singularmente expresivos significativos: por quien sepa leer entre renglones.

En su proemio dice: "Protesto que mi vanidad no ha ejercido influencia sobre mí esta ocasión; pues ella me habría aconsejado que oculto tras una falsa modestia que desconozco, hubiera proporcionado datos y documentos que sirvieran para mi obra a un escritor, quien con lenguaje galano, habría sido tan prodigo en elogios para mí, como prodigo en propinas me hu-

biera encontrado. >> Tales palabras anun-  
cian un hombre franco y así es en efecto. A  
pocas fojas se expresa de esta manera el  
explicar como fue maderista: "Entonces el  
partido maderista o antirebecuonista se  
dividió en dos clases: una compuesta de  
hombres sumisos al mandato del de-  
ber, que abandonaban sus hogares y  
rompían toda liga de familia y de in-  
tereses para empuñar el fusil, la es-  
peta o la primera arma que encontra-  
ban; la otra de hombres atentos al man-  
dato del miedo, que no encontraban ar-  
mas que tenían hijos, los cuales queda-  
rían en la orfandad si perecían ellos en  
la lucha, y con mil ligas que el deber no  
puede suprimir cuando el espectro de  
miedo se apodera de los hombres >> 4.  
Palabras que revelan su temple tanto ma-  
cuanto que se lanzó a la Revolución en  
visperas de casarse, matrimonio que ve-  
rificó hasta después de licenciadas la fue-  
zas villistas.

En su primer manifiesto tiene esta no-  
ble exclamación "El respeto al vencido es  
la dignidad de la victoria >>

En su carta al General Coronel E. Leazar  
Almonz, ~~que~~ <sup>que</sup> trataba de cohecharlo, dice: "N  
será quien milita en defensa de un Gobierno

32  
criminal (se refiere al nefasto gobierno de Huerta) el que mande a quien ha estado dispuesto a sacrificar su vida defendiendo la dignidad nacional; pero si por una sustitución me arrastrara a tal degradación no me pondría bajo las órdenes de un hombre que sin ningunos conocimientos militares (habla del Genl. Pedro Ojeda, federal) ha llevado siempre sus tropas al desastre y a la vergüenza, para dejarlas luego abandonadas a la hora del peligro, y a quien solo conozco por la espalda pues donde quiera lo he vencido y tengo la seguridad de vencerlo."

No es ni menos alta, ni menos leal, ni menos patriota la contestación que envió a Federico Gamboa el 7 de febrero de 1915. "Me he enterado de su mensaje - dice - en que viene invitándonos en nombre de un grupo de mexicanos expatriados en esa, a depositar las armas. Los que hemos tenido el valor suficiente para ofrecer nuestra sangre a la República, no depositaremos las armas mientras no hagamos desaparecer de nuestro sagrado suelo, a los execrables traidores que, vendidos a la reacción, pretenden hundir nuestros principios revolucionarios. Si ustedes en lugar de buscar refugio bajo

una bandera extranjera, empuñaron  
cada uno un fusil, afiliados al par-  
tido que mejor les acomodara, su labo-  
ría sería más efectiva y tendrían, cuando  
menos, el honor del llamarse ciud-  
danos. >>

El hombre respetuoso de la ley estuvo  
siempre a las órdenes del Primer jefe: pe-  
ro le advirtió con lealtad aquello que  
le pareció pertinente. Así le suplico  
que escribiera un decreto inhabilitan-  
do a todos los jefes que tomaron par-  
te en el movimiento armado para  
ocupar puestos públicos; dado que  
todas las desgracias nacionales  
se han debido a desenfrenadas am-  
biciones militares. Así respeto del  
esfederal Angeles dice: « He conver-  
sado largamente con él, he podido  
descubrir, con pena, que economiza  
mucho la verdad; que cada palabra  
que pronuncian sus labios, la ha me-  
ditado antes su cerebro; y, como la ver-  
dad no se discute, se expresa, creo ha-  
ber descubierto en este hombre la i-  
dea fija de no dejarse conocer; y, hom-  
bre que procura que no se le conozca  
íntimamente, es por que oculta algo que  
no debe favorecerle mucho. >>

Cuando estuvo a discreción del bando-  
lero Villa y este ordeno a uno de sus su-

baltermos " Pida por teléfono veinte hom-  
bres de la escolta de Dorados al mando  
de Cañedo para fusilar a éste " he a  
quí la hermosa contestación de Obregón  
" Desde que puse mi vida al servicio de  
la Revolución, he considerado que será u-  
na fortuna para mí perderla. "

Cuando después que una granada  
villista le abolió el brazo derecho se dio  
cuenta de la gravedad de su lesión le  
dijo al Gral. Murguía " Diga Usted al  
Primer jefe que he caído cumpliendo  
con mi deber y que muero bendicien-  
do la Revolución. "

Esa es el alma del General Obre-  
gón.

Bien pudiera decirse que si Ca-  
rranza ha sido el Abidalgo de esta  
revolución, Obregon ha sido el ello  
velos!

~~J. M. Sarmiento.~~

Puebla de Zaragoza, 3<sup>a</sup> de Vicen-  
te Guerrero # 11.

5

303

12 de septiembre de 1918.

Sr. J. M. SARMIENTO.  
P u e b l a . - Pue.

Estimado amigo:-

El señor Jesús H. Abitia puso en mis manos su atenta carta y con ella la copia del artículo a que hace referencia.

Le agradezco con toda sinceridad la atención que por mí se ha tomado y me despido con todo afecto, ofreciéndome a sus órdenes como su amigo y atento S. S.

AG/FTb